

# GRECIA: HOMERO, JENOFONTE Y LA FIESTA DEL NO

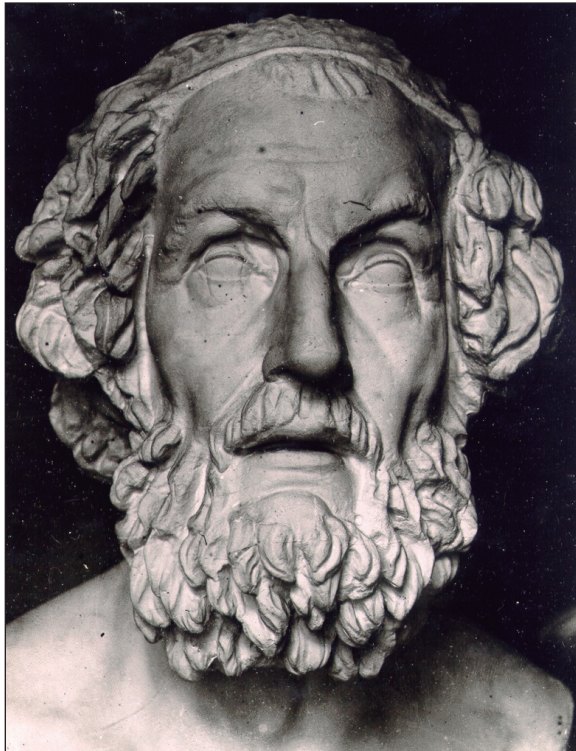
Grecia es una ficción. Una bella ficción adornada con antiguas ruinas atenienses. Una ficción consistente en considerar, por intereses geoestratégicos de la Guerra Fría, que un pueblo oriental podría construir un Estado moderno de corte occidental, someterse a sus normas y ajustar su comportamiento a la lógica racionalista surgida del Renacimiento. Pero tratar las ficciones, bien sean personajes literarios o sujetos políticos, como si fueran entes reales tiene efectos dramáticos.

**MIQUEL SILVESTRE**





**C**onocí Grecia primero a través de sus obras. Siendo un niño de apenas doce años descubrí un grueso volumen en la librería de mi hermana ocho años mayor. Yo saqueaba su muy bien surtida biblioteca, para gran enfado suyo e infinito goce mío. En aquellos anaquiles de inquieta adolescente conocí las obras completas de Julio Verne, de Guy de Maupassant o de R. L. Stevenson. Y también las de Homero. Un día apresé un tomo de tapas duras donde estaba escrito en letras doradas: *La Iliada* y *La Odisea*. Y las devoré.



Homero

Con doce años yo también confundí mito con realidad. Llegué a creer que aquellos hechos narrados, el descenso de Aquiles a la Laguna Estigia, los amores de Odiseo con Circe, la matanza de los pretendientes de Penélope, eran acontecimientos históricos, hechos verídicos. Revivía junto al gran vate ciego épicas batallas en las que un hombre solo, auxiliado por los dioses (esos dioses tan humanos, envidiosos e imperfectos) podía derrotar a decenas de guerreros con la sola fuerza de sus manos.

Pero ¿qué tenía que ver la Grecia de Homero con la Grecia real? Muy poco, como puede comprobar años después cuando recorrí el país en motocicleta. He llegado allí desde varios puntos distintos. Desde Albania dos veces: una para acceder a la Vía Egnatia, autopista heredera de la calzada romana que llevaba a Constantinopla, y la otra para llegar a Corfú desde Sarande. En otra ocasión salté del puerto turco de Izmir a la isla griega de Kíos y de allí al Pireo para recorrer el Egeo. En otro momento recorrí Chipre (que es una Grecia al cuadrado) llegando en un maltrecho barco que zarpó de la israelí Haifa. En todas estas ocasiones lo

que me quedó claro es que geográficamente Grecia no es Europa.

Grecia es un territorio lejanísimo, está más allá de los Balcanes. Más allá de Albania, Macedonia y Bulgaria. Es decir, más allá de cualquier concepción geográfica de lo que es en realidad Europa Occidental. Grecia es un enclave oriental, prácticamente asiático. En Europa se distribuyó una cultura común a través de los caminos que interconectaban los territorios próximos, como ocurrió con el Románico, que penetró en España a través del Camino de Santiago.

Pero a Grecia lo único que le llegaba de Europa era la barbarie militar de las Cruzadas y el feudalismo que impusieron mercenarios

en pos de botín como la Compañía Blanca de Navarra o los Almogávares aragoneses y catalanes de Roger de Flor, cuyos desmanes hicieron que en el folklore griego naciera el concepto de “venganza catalana” como sinónimo de matanza sanguinaria.



**Con doce años yo también confundí mito con realidad. Llegué a creer que aquellos hechos narrados, el descenso de Aquiles a la Laguna Estigia, los amores de Odiseo con Circe, la matanza de los pretendientes de Penélope, eran acontecimientos históricos, hechos verídicos.**

Si a mediados del siglo XX interesó encuadrar una dictadura militar en La OTAN y en la Comunidad Económica Europea fue precisamente por eso, para tener una lejana y extraeuropea última frontera, fuertemente militarizada, que sirviera de baluarte frente al comunismo y a Turquía. Para ello se acudió a un falaz argumento cultural: Grecia es la cuna de Europa y de su democracia.

Como cuando yo tenía doce años, los ideólogos confundieron el mito con la realidad histórica. Si en Atenas se practicó la democracia, esta fue tan irrelevante históricamente como cuando alguna tribu perdida se rige excepcionalmente por el matriarcado y la poliandria. Lo importante fue el concepto, no su éxito, porque apenas lo tuvo y los mismos que lo diseñaron tuvieron que dar legitimidad a su antídoto: la dictadura.

La cuna real de Europa fue Roma. Y la de Grecia también. Los pueblos que vivían en el Peloponeso y Anatolia se vieron romanizados muy pronto. Romanizados, cristianizados y por fin separados cuando en el año 395 el Imperio se dividió entre Honorio y Arcadio, entre Oriente y Occidente.

El Imperio Romano de Occidente, de religión católica y capital en Roma, cayó en el 476. Pero el imperio Romano de Oriente, de religión ortodoxa y capital en Bizancio, se mantuvo mil años más. ¿Dónde sobrevivió ese postrero régimen imperial teocrático?: en Grecia, un lugar donde jamás se conoció el Renacimiento. Pero tampoco la Ilustración, pues quienes provocaron la caída del Imperio Bizantino fueron los otomanos, que impusieron el Islam y una rígida separación étnica.

Es ahí cuando nace la Grecia moderna, o mejor dicho, los griegos modernos. Que para los turcos eran los cristianos



ortodoxos que vivían bajo su dominio, y cuyo jefe era el patriarca ortodoxo de Constantinopla.

**“Grecia es un enclave oriental, prácticamente asiático. En Europa se distribuyó una cultura común a través de los caminos que interconectaban los territorios próximos, como ocurrió con el Románico, que penetró en España a través del Camino de Santiago.”**

Lo que olvidan ahora algunos es que Grecia jamás fue un país, ni siquiera fragmentado como Italia o Alemania. Grecia es un Estado ficticio que vio la luz en el siglo XIX por las potencias europeas vencedoras en la I Guerra Mundial (Francia, Reino Unido y Rusia) para acelerar la decadencia del Imperio Otomano. En 1827 sería elegido el primer ministro de la recién nacida República Helénica. En 1893 ya se declaró en bancarota y tuvo que aceptar supervisión financiera internacional.



Grecia hoy

Los dioses del Olimpo no parecían auxiliar a los griegos. Grecia resultó que no era un poema épico de Homero, sino una tierra de gentes maltratadas por la historia y por sus vecinos otomanos. Un pueblo mediterráneo con un profundo sentido trágico de la existencia. Un pueblo emotivo, nostálgico y fabulador que reconstruye con mitología el añorado territorio perdido.

Lo comprendí en cuanto pisé suelo griego en la isla de

**“Lo que olvidan ahora algunos es que Grecia jamás fue un país, ni siquiera fragmentado como Italia o Alemania. Grecia es un Estado ficticio que vio la luz en el siglo XIX por las potencias europeas vencedoras en la I Guerra Mundial (Francia, Reino Unido y Rusia) para acelerar la decadencia del Imperio Otomano.”**

Kíos, que la leyenda considera cuna de Homero (y también de un tal Kristophorus Kolombos que habría descubierto América siglos después). Yo venía de recorrer la costa suroeste turca, desde Antalya a Izmir, y haber alucinado con las ruinas ilirias de Perge y Termessos, o romanas de Mileto y Efeso. Me sorprendió la ausencia de monumentos destacables. En aquel momento me parecía que Turquía era mucho más helénica que Kíos.

Entonces visité Anávatos, un pueblo abandonado, fantasma, en lo alto de un precipicio. Todos sus habitantes murieron en 1821 cuando los turcos masacraron 25.000 griegos isleños. Ellos prefirieron saltar al vacío a entregarse a sus invasores. Pues así ven los griegos a los turcos, como ocupantes. Vinieron de Asia Central, como hordas mogolas, e invadieron el Imperio Bizantino y la más sagrada de las tierras de los griegos: Anatolia, lo que hoy es el oeste de Turquía.

De nuevo detectamos el choque de la ficción y la realidad. Para Europa, Grecia es lo que en el moderno mapa de la UE aparece pintado con colores blanquiazules, pero para muchísimos griegos, Grecia es un territorio mítico que se extiende sobre todos los lugares donde habitaron sus ante-

pasados según los dibujó Estrabón y que tendría su capital en Constantinopla. Eso es lo que late en La Gran Idea, ideario nacionalista nacido en el siglo XIX que ha presidido la política exterior griega hasta finales del siglo XX y que todavía insufla el discurso del partido de extrema derecha Amanecer Dorado. Esta Grecia idealizada ocuparía gran parte de Turquía, Macedonia, Albania y Bulgaria.

El problema de fondo es que cuando pensamos en Grecia no lo hacemos como un griego. Para hacerlo ayudaría haber leído el texto que enfrentó al niño de doce años con el adulto que empecé a ser a los veinte. La Anábasis o Expedición de los diez mil. Obra que considero primera gran *road movie* de la historia de la literatura moderna, donde Jenofonte narra con subyugadora crudeza las vicisitudes de un ejército de diez mil mercenarios griegos contratados por Ciro para derrocar a su hermano Artajerjes II, rey de Persia.

Con un estilo precursor del realismo sucio, y completamente alejado del lirismo de Homero, Jenofonte narra la urgente retirada de un ejército derrotado. Nada de héroes



Acrópolis de Atenas

míticos capaces de vencer a cien guerreros. Aquí hay chusma cuartelera, cobardía y miedo. Lejos de la gran épica de Troya, encontramos una gran novela de viajes y un recorrido de saqueos y motines, de batallas sin gloria.

La Anábasis es una gran obra griega sobre griegos que en ningún caso está situada en la Grecia actual. Los diez mil mercenarios, que bien podía ser hermanos de Arquíloco, parten desde Sardes, hoy situada en Turquía, llegan hasta el actual Irak y tras su retirada consideran haber llegado a casa cuando contemplan el Mar Negro desde las costas de la actual Georgia. Es la gran epopeya helena que nunca piso “nuestra” Grecia, pero que posiblemente siempre estuvo en “su” Grecia.

Y ese ha sido el error, o lo que es peor, es ha sido la malicia de los jefes de la Eurozona durante estos años, y sobre todo estos meses aciagos. El de negociar con la Grecia que ellos ven y no con la Grecia que los griegos ven, una Grecia maltratada, mutilada, una Grecia oriental y por tanto caótica y desobediente, pero sobre todo una Grecia emotiva. Y

“La tradición atribuye el origen de la palabra “lacónico” a la respuesta que los lacedemonios dieron a la cortés pregunta de un enviado de sus sitiadores en alguna de sus guerras helénicas. “¿Sois conscientes de que si no os rendís os exterminaremos?”. Ellos contestaron escuetamente: “Sí”.

cuando se tocan las emociones de los griegos, entonces la lógica occidental falla porque es incapaz de comprender a los pueblos orientales.

La tradición atribuye el origen de la palabra “lacónico” a la respuesta que los lacedemonios dieron a la cortés pregunta de un enviado de sus sitiadores en alguna de sus guerras helénicas. “¿Sois conscientes de que si no os rendís os exterminaremos?”. Ellos contestaron escuetamente: “Sí”.

Siglos más tarde, Mussolini concedió un ultimátum parecido al dictador Metaxas. En tres horas debían rendirse a las fuerzas del Eje. La respuesta fue un tajante “No”. Desde entonces, el Día del No es fiesta nacional griega. Lo bello del laconismo es su tremenda fuerza poética, lo malo que tiene la poesía es que no detiene tanques aunque sea un arma cargada de futuro. Las tropas alemanas tomaron Grecia.

El referéndum de Tsiaras apelaba directamente a esa respuesta emocional. Era una invocación al corazón herido de los griegos. De haber conocido esta historia de la Fiesta Nacional del No, habrían sobrado todos los análisis. Para cualquiera que la conociera, el resultado, con su tragedia adjunta, era inevitable. El No, aunque supusiera arrojarse al vacío de Anávatos, era el único modo de seguir siendo griegos. ■



Soldados griegos en la II Guerra Mundial

